

Sobre el sentido de la vida mental

Gustavo Agüero – UNC.

En el presente trabajo me propongo abordar un tema tradicional aunque muy controvertido en la filosofía de la mente, pero para el cual propongo una actitud diferente: concentrar la atención en las preguntas antes que intentar ofrecer alguna respuesta. El tema es el del estatuto de lo mental y las preguntas que me interesan abordar reclaman precisamente respuestas en esta dirección. ¿Qué son los estados mentales? La pretensión es que el tratamiento de estas preguntas arroje elementos para el tratamiento de problemas no menos inquietantes como el de la interacción entre mente y cuerpo o el del contenido de los estados mentales.

Parte I. *Una especie de angustia epistemológica*

No son pocas las ocasiones en las que las personas –filósofos la mayoría de ellas- se encuentran desorientados y sin saber cómo tratar con algunos rompecabezas conceptuales. Dichas situaciones generan cierto tipo de angustia que podría denominarse epistemológica debido a que su radio de afectación se reduce a una parte de la actividad reflexiva que bien podría llamarse epistemológica, en tanto se relaciona con la reflexión acerca del conocimiento que podemos obtener sobre nosotros mismos.

Desde hace bastante tiempo, el cual podría contarse en años pero también en siglos, estamos algo confundidos por nuestras diferentes maneras de hablar acerca de las personas y las cosas; en medio de todo esto y sin haber definido los términos de la diferencia tenemos que situar las maneras en las que corresponde hablar de algunas especies de mamíferos que no desarrollan habilidades lingüísticas, y de los insectos, y de las máquinas, y de las plantas, etc., etc., para ellas reservamos una zona conceptual intermedia entre hablantes y cosas como las ventanas y los lápices.

La angustia epistemológica tiene sus principales causas en estas dificultades. ¿Qué aspecto deberían tener los lenguajes de las ciencias humanas, de la psicología, de la antropología, la etnografía, etc.? Me refiero con esto a las investigaciones que buscan dar cuenta de la vida y la actividad cultural de las personas y de sus comunidades. Es posible que no haya mayores dificultades en tratar con organismos como nosotros, si bien todavía hay mucha investigación de reciente desarrollo. Sabemos que durante mucho tiempo nos estuvimos preguntando si las ciencias de la naturaleza podrían encargarse de nosotros como se habían encargado de gran parte de las cosas. La principal difi-

cultad sigue siendo la de hablar acerca de las mentes, o bien, como lo expresaron algunos filósofos, situar la mente en un mundo físico. El problema podría plantearse de esta manera:

1. De manera habitual decimos de nosotros, las personas, que pensamos y sentimos. Decimos lo primero a partir de reconocer que muchas veces hay algo que sabemos, que queremos, que sospechamos, que pretendemos, etc. Mientras que nuestros sentimientos se manifiestan en aquellas ocasiones en las que estamos alegres, o melancólicos, enamorados o decepcionados, etc.

2. El comportamiento de una persona se describe, se juzga, evalúa, y de manera general, se comprende a partir de conceptos como estos. Por ejemplo, son las intenciones que se adscriben a un individuo que dispara un arma las que pueden definir una situación como un accidente o intento de homicidio, por otra parte, son las creencias y conjuntamente las acciones que pueden reconocerse en un individuo las que permiten definirlo como un hombre democrático o un autoritario, pero también son los comportamientos y las producciones las que definen a alguien como un gran artista, un brillante científico, un asesino serial, o un militante de los derechos humanos.

3. Sin embargo, a veces, nuestras maneras de hablar nos confunden y perdemos de vista el sentido de las cosas. Es lo que nos sucede cuando hablamos acerca de la mente o de estados mentales, nuevamente aquí también participan de modo activo los filósofos, no sabiendo muy bien de qué hablamos. Y algunos, quizás algo cansados de investigar sin resultados, piensan que tanto mente como los demás que aluden al pensamiento y al sentimiento son viejos conceptos que aún sobreviven en nuestro lenguaje ordinario para fines prácticos pero que no pueden ser de utilidad para un vocabulario científico.

Por esta razón ciertos autores y personas abocadas a la reflexión buscan una respuesta que alivie la angustia frente a la cuestión ¿Dónde situar la mente en el mundo físico? Con el propósito de dar respuesta a esta cuestión se organizan multitud de debates y se elaboran sofisticadas versiones de imágenes fisicalistas del universo, apresurándose a remarcar que la última palabra en materia ontológica está, desde hace tiempo, reservada a la más reciente comprensión en este asunto: las ciencias cognitivas. Semejante actitud conduce con frecuencia a adoptar, frente a los fenómenos mentales, tranquilizante actitudes más o menos reductivas o reductoras en las que se busca identificar la mente con el cerebro, o al menos, con algunas de sus funciones con lo que se lograría tratar las preguntas y problemas acerca de la mente como simples cuestiones empíricas.

No obstante la pregunta formulada en estos términos conduce casi con necesidad epistemológica, quiero decir, en virtud de las elecciones acerca de las maneras de hablar en muchos otros ámbitos en los que aspiramos a un máximo de racionalidad, a una absurda reducción fisicalista cuando no a una definitiva eliminación, aún cuando no queda muy claro qué es lo que se ha reducido o eliminado.

Las preguntas por la mente, o por el lugar de la mente en el mundo físico, o acerca de cómo vincular los conceptos mentales con aquellos en base a los cuales hemos llegado a nuestro más reluciente monismo metafísico nos colocan en una situación incómoda dado que no querríamos negar lo que cartesianamente nos parece más evidente, pero a la vez nos vemos rápidamente impulsados a buscar respuestas antes que a revisar las preguntas.

Volviendo a casa

Newton tenía una mente brillante, ¿hay algo extraño o misterioso en esta afirmación? Veamos esta otra, Se estableció que el sujeto sufría alteraciones mentales, ¿hay algo que nos dificulte la comprensión de esta oración? Tengo en mente pasar una breves vacaciones en Chivilcoy, ¿deberíamos, en beneficio de la comprensión, eliminar el concepto de mente de esta oración? No lo creo. El propósito de estos ejemplos es mostrar que usamos el concepto de mente en muchas y muy variadas maneras, y esos usos, generalmente, se hallan al servicio de la comunicación y de la comprensión. Solo eso.

Pero entonces, ¿en qué lugar nos deja este breve recorrido? No se trata aquí de sugerir un recorrido como de evitar dejarse llevar por falsas promesas acerca de concepciones unificadas del universo o de la cognición. Mi propósito es hacer constar aquí, aunque esto parezca un poco bizarro, que habitualmente hablamos acerca de estados y procesos mentales, y también de muchas otras cosas por el estilo, como pensamientos, emociones, sentimientos, pasiones, decisiones, etc. Hacemos esta clase de enunciados con mucho sentido pero sería un grosero error inferir de eso que la mente debe ser algo, una entidad, una cosa, un objeto, en todo caso no físico, no material, pero entidad al fin. Al dar este paso nos encerramos reflexivamente, no podemos salir del juego en el que entramos y dentro del que esperamos y nos esforzamos por encontrar respuestas.

La mente, así como las culturas, las instituciones, los significados, y la vida, entre muchas otras tienen un estatuto ontológico que nos complica. ¿Qué es, o qué son?

¿Qué clase de cosa? ¿Es el discurso acerca de la mente un discurso encubierto acerca del cerebro? Preguntas como estas nos hacen retroceder hasta nuestros refugios fisicalistas o naturalistas, donde podemos, en general, investigar las cosas y los hechos con metodologías seguras y eficaces.

Decir que existen o que hay culturas, que hay instituciones o que hay significados es adoptar una actitud precavida pero que no nos libra de la caída en la confusión, solo la posterga. Tampoco esta reflexión busca amedrentar a los hablantes para que cuiden sus palabras como si el tránsito por el vocabulario cotidiano se asemejara a la caminata por un campo minado. No es esa la intención. No es de las palabras de lo que deberíamos cuidarnos ante todo sino de las confusiones a las que nos vemos conducidos al hacer ciertas preguntas con tono reflexivo o filosófico.

El enunciado *Existe la mente* tiene tan poco sentido como *La mente no existe*. Podría acaso compararse con *Existe el mundo* o con *el mundo no existe*. La mente no es algo que tengamos que acomodar en el mundo físico, como tampoco lo es el arte, o las instituciones, los partidos de tenis, la corrupción, la justicia, o la nostalgia. Pero una ciencia de la mente cuya primera o última decisión sea negar o eliminar la mente es tan absurda como una ciencia social que niegue la comunicación. Eliminar el principal objeto de estudio no es una actitud incomprensible sino directamente absurda, quizás producto de haber aceptado responder a la pregunta ¿qué es la mente?

Preguntemos en todo caso cuándo decimos de alguien que tiene una mente brillante o que tiene sus estados mentales alterados. A veces nos preguntamos: ¿tienen mente los animales, los insectos, las máquinas, las plantas, la naturaleza? Estas son otras interesantes y filosóficas maneras de perderse en la jungla reflexiva. Atendiendo al hecho de que no es corriente ni habitual decir que los seres humanos tenemos mente, o que los animales tienen o no tienen mente, deberíamos detener este nuevo paso en falso. Se dice que los filósofos hacen preguntas y que los científicos dan respuestas, es posible que sea así, pero, ¿quien dijo que estuvieran dialogando entre ellos? Al menos las respuestas que satisfacen la actividad científica surgen generalmente de preguntas que suscitan la misma actividad, no de las preguntas que se hacen los filósofos.

Una vez más, decir que Newton tenía una mente brillante, no nos conduce habitualmente a preguntarnos, cómo sabemos que tenía una mente. Decimos de genios como Newton que tenía una mente brillante, pero a veces parece como si hubiera un esfuerzo para penetrar en la esencia de las palabras. Decir *Existe la mente y se encuen-*

tra localizada en ... no tiene mayor sentido como tampoco lo tiene no existe la mente, sino que lo que llamamos mente no es más que ...

Decir *creo que perdí mis llaves*, no puede llevar a preguntar, ¿qué son las creencias? Esta expresión tiene mucho sentido en algunas circunstancias, pero nada se dice acerca de la existencia de entidades, como las creencias. *Tengo la firme convicción de que la situación en España va a mejorar* no puede analizarse como tengo una cosa, y esa cosa es la firme convicción de que ... etc. *Tengo la firme convicción* puede parafrasearse como *Creo firmemente que P* y esto, también en algunas circunstancias, sencillamente como la simple pero enérgica y decidida emisión de *P*.

Una ciencia de la mente que postule una entidad de dudoso estatuto para luego desecharla es una tarea por demás inconducente. Sobre la propuesta de una ciencia de la mente como un estudio de las actividades y funciones del cerebro y del sistema nervioso no hay nada que decir, no es la idea cuestionar tan serios y comprometidos emprendimientos científicos. Pero en relación a lo que estamos diciendo, solo cabe recordar que nada, ninguna información, acerca del cerebro de Newton constituye nuestro criterio para decir que tenía una mente brillante.

Nuestro discurso acerca de la mente, el que usamos para hablar de Newton o de cualquier persona o de otras especies animales o también de un artefacto, responde estrictamente a rasgos del comportamiento, y no de la estructura física u biológica. Alguien es inteligente por lo que revela en su comportamiento, allí se encuentra la base normativa o criterial de nuestro vocabulario mental. Aquello en lo que consiste ser un genio tiene que ver con las actividades, actitudes, decisiones y prácticas llevadas a cabo por una persona, no con algo, una entidad, que ella tenga.

Ahora vuelvo sobre algo dicho anteriormente. ¿Se puede decir que es innegable que las personas tenemos una mente? Los filósofos modernos llamaban a esto evidencia. Preferiría no hablar de esta manera y a la vez remarcar que es corriente y habitual decir cosas como *Creo que Raúl piensa asistir a esa boda* o *El creyó que lo pasaríamos a buscar* o *Mi tía quiere poner un negocio*. Hablamos y pensamos de estas maneras sencillamente porque esas son las maneras en que hablamos y pensamos, son las maneras en que aprendimos a ver las cosas, a percibirlas, a sentirlas, a entenderlas, pero también las vemos y las comprendemos de esas maneras porque son las maneras en las que las cosas “suceden”, “se dan a nuestra cotidiana experiencia”, así las percibimos. Hablar de otra manera, si no es que no se trata solo de una cuestión nominal, entraña otras ma-

neras de percibir, de pensar, de comprender, es decir, entraña también otras maneras de suceder de las cosas.

Una comunidad que en lugar de usar el lenguaje intencional de creencias y deseos empleara conceptos de las neurociencias, y hablara de alteraciones de cierto tipo en la fibra neuronal C, en la fibra D, etc., con seguridad sería muy diferente a nosotros, y lo sería en maneras que no podríamos especificar. No se trata de tener otro tipo de experiencia u otro tipo de pensamiento o habitar un mundo diferente al nuestro. Se trata de que ya no sabemos en qué situación estaríamos o, mejor dicho, estarían. ¿Podríamos aún hablar de sus pensamientos, sus experiencias, o incluso decir que habitan un mundo diferente al nuestro? Y dado que no estamos solo ante una simple cuestión nominal, tampoco sabemos si aún podríamos decir de ellos que tienen un lenguaje, todo lo cual hace más que dudosa la posibilidad de pensar en un caso como este. Como resulta algo más que dudosa la posibilidad de pensar cómo sería el fútbol jugado con las reglas del tenis, ¿qué jugada constituiría una falta grave? ¿podría decirse que lo que estamos proponiendo es pensar en un cambio de reglas en un mismo juego, o se trata acaso de un cambio de juego? No se trata de sugerir que el fútbol tiene una esencia, pero que llegado el punto, difícil de especificar, las modificaciones introducidas desnaturalizan el juego original y deja de ser fútbol, para ser tenis u otra cosa, claro.

Nuestras maneras de hablar y nuestras maneras de vivir, pensar y sentir se hallan mutuamente constituidas, también podemos decir que nuestras maneras de hablar y nuestro mundo, lo que podríamos denominar la ontología del mundo cotidiano, se hallan mutuamente constituidos. No podemos hacer cambios importantes en el lenguaje y pretender que estos cambios no afecten a nuestra común forma vida. Decimos que las personas creen y quieren distintas cosas, porque esta es la manera en la que comprendemos como vivimos y actuamos.

Lo que nos preocupa

¿Qué querría saber alguien que pregunta si existe la mente o si hay creencias? Claro, quiere saber si existe la mente o si hay creencias, es una misteriosa clase de ignorancia, una que podría compararse con *¿Existe el mundo?* Y ¿qué quiere saber quien pregunta si los animales piensan o tienen mente? Todo lo que podemos decir es que hablamos, pensamos y actuamos de esa manera, que empleamos corrientemente el concepto de creencia, y al decir esto no decimos algo irrelevante. Y si decimos cosas como *tu mascota creyó que ibas a darle comida* no tiene sentido preguntar, pueden tener

creencias o pensamientos los animales, como si pudiéramos averiguar algo acerca del mundo, o de lo que hay, al margen de nuestras maneras de hablar o de comprender. La distinción entre cuestiones acerca del cerebro o de sistemas nerviosos y cuestiones acerca de las creencias no consiste en que unas tienen que ver con la manera en que es el mundo, y por tanto, son empíricas mientras que las otras tienen que ver con nuestras maneras de hablar, por tanto son teóricas o conceptuales. Esta distinción es insostenible. Lo que tampoco quiere sugerir que no haya alguna distinción que hacer, pero la distinción no puede ser entendida en estos términos, es decir, en términos de lenguaje y mundo como si se tratara de dos ámbitos que pueden recorrerse independientemente.

Muchas veces creemos tener más en claro los criterios para aplicar el concepto de *cerebro* que para aplicar el concepto de *creencia*, sin embargo esto está lejos de ser indiscutible. Usamos conceptos como *creencia* y *deseo* sin inconvenientes, aunque podamos pensar que dado que es posible tener un cerebro en una cubeta y no una creencia, esto no significa que nuestro concepto de creencia sea más oscuro, o que su empleo se ajuste menos a criterios de lo que lo hace el concepto de cerebro.

Es en base al concepto de creencia que se decide el destino de un imputado en una Corte de Justicia, pero ¿es imaginable que las cosas pudieran decidirse en base a estados del cerebro? Por ejemplo, si en un momento se activa cierta fibra neuronal de una persona sabemos que tuvo la intención de disparar un arma contra su socio o si se activa otra sabemos que tiene el propósito de ocultar información, etc. Se trata aquí de que no podamos establecer correlaciones entre estados mentales y estados cerebrales así como no podemos obtener una correlación entre los estados o movimientos de las manos de un músico o un pintor y la valoración de una obra de arte, o entre los estados o movimientos del cuerpo de una persona y la conversión de un tanto en un partido de hockey, sino que se trata ante todo, de que no podemos deshacernos del llamado vocabulario intencional, porque nuestra cultura, nuestra forma de vida, podría decirse, depende, en buena medida, de estos conceptos. El vocabulario intencional es parte de nuestra manera de hablar, de pensar, de comprender, es parte de nuestro básico y común esquema conceptual.

No creo por otra parte que pueda negarse que el funcionamiento del cerebro tiene que ver en la constitución y disposición de nuestros estados mentales, pero pretender correlacionar sin más unos y otros. ¿Por qué no es posible correlacionar estas cosas? Muy simple, es la diferencia entre los estados de una máquina y los fenómenos que solo se revelan en una vida en comunidad.

Bibliografía

COLLINS, A., 1987, *The Nature of Mental Things*; Notre Dame, Ind., Univ. of Notre Dame Press.

DAMASIO, A., 1996, *El error de Descartes*; Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.

PINKER, S., 2001, *Cómo funciona la mente*; Ediciones Destino, Bs.As.

DAVIDSON, D., 1993, "Thinking causes"; *Mental Causation*. Heil, J. - Mele, A. (Eds.)

DENNETT, D., 1987, *La Actitud Intencional*. Ed. Gedisa.

FODOR, J., 1994 *Psicosemántica. El problema del significado la filosofía de la mente*; Ed. Técnos.

PUTNAM, H., 1984, "El significado de 'significado'"; *Cuadernos de Crítica* 28. UNAM.